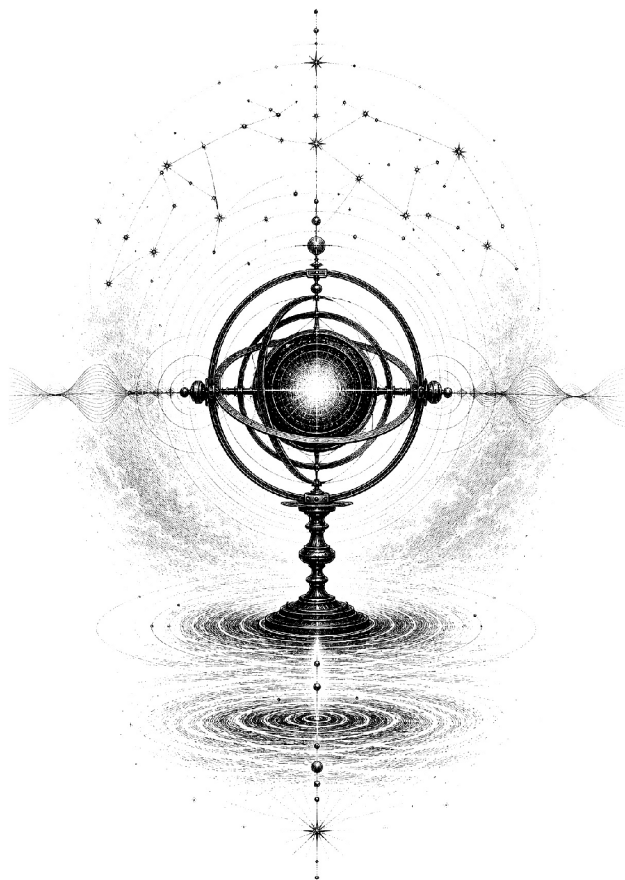


CAPÍTULO III

EL REINO DE LA MÚSICA

EL PRINCIPIO DE VIBRACIÓN



«Nada está inmóvil; todo se mueve; todo vibra».

El Kybalion

En la Ainalindalë, el relato de creación que abre El Silmarillion de J. R. R. Tolkien, el mundo nace de una gran música. Ilúvatar propone un tema a los Ainur, seres surgidos de su pensamiento, y los invita a desarrollarlo con sus propias voces. Al escucharse, aprenden a comprenderse y a formar una armonía cada vez más rica. Melkor intenta imponer su voluntad e introduce una discordancia. Pero incluso esa ruptura acaba formando parte de una composición que lo supera. Cuando la música se convierte en visión, los Ainur descubren un mundo vivo: sus aportaciones individuales pertenecen a una historia mayor.¹

Este breve recorrido por el relato nos deja una imagen para el viaje: la existencia como una obra compartida, en la que cada voz participa de una armonía que no puede abarcar por sí sola.

Cortázar encuentra una invitación a la metafísica en un viaje corriente en autobús: el cobrador pide a los pasajeros que avancen y aprovechen el espacio que queda delante. ¿Y si el pensamiento respondiera a esa misma invitación? Un pequeño desplazamiento podría abrir una perspectiva invisible desde el lugar en que permanecíamos inmóviles.

El diálogo se vuelve entonces hacia un relato de creación atribuido a los maoríes, en el que el mundo surge mediante numerosas etapas, en lugar de aparecer de una sola vez. No hace falta tomar esa versión literaria como una descripción autorizada de toda una tradición para reconocer la fuerza de su imagen: llegar a ser es un viaje. La invitación a avanzar nos acompañará al pensar en un mundo cambiante y en nuestro breve paso por él.²

La armonía invisible es más poderosa que la visible.

Heráclito de Éfeso, en traducción del fragmento citado en el original polaco.³

— ● —

TODO SUENA

En este tercer capítulo viajaremos al Reino de la Música siguiendo el principio de vibración. Será una expedición más sensorial que las anteriores. Nos pedirá poner en marcha la imaginación y, de vez en cuando, apartar la vista de la página para escuchar con atención o reproducir alguna pieza. Una de sus etapas nos llevará a una de las propuestas más extraordinarias de la física: la teoría de cuerdas y su aspiración a unificar nuestra descripción de la naturaleza. Conviene distinguir una gran unificación de ciertas interacciones de una teoría del todo que incluya también la gravedad. Ninguna de esas metas puede darse aquí por alcanzada. Entramos en un territorio de cambios y transformaciones, fluido como el mar, donde quizá nos acerquemos más de una vez a las Grandes Preguntas y a respuestas de igual ambición...

En el Reino de la Música todo se mueve, oscila y vibra. A veces tendremos que recurrir a la cámara lenta para detener, siquiera en la imaginación, ese mundo que no deja de centellear. Escuchándonos y atendiendo a lo que nos rodea, buscaremos manifestaciones del tercer principio hermético, el de vibración:

«Nada está inmóvil; todo se mueve; todo vibra».

En la organización de este libro, este principio cierra el recorrido por las tres primeras claves de la naturaleza del universo. La enseñanza hermética presenta las distintas formas de existencia —desde lo material hasta lo mental y espiritual— como grados de vibración. Es una concepción filosófica: no equivale a afirmar que la física haya medido una frecuencia única de cada ser o demostrado que el espíritu sea una forma de energía física.

En ese lenguaje, existir es vibrar. La materia se asocia a vibraciones lentas y bajas; el espíritu, a vibraciones rápidas y elevadas. «Alto» y «bajo» expresan aquí una jerarquía simbólica, no una escala científica de valor espiritual.

Los dos primeros principios nos presentan el universo como obra de un Pensamiento primordial que se refleja tanto arriba como abajo. Desde esa perspectiva, sus vibraciones deberían poder relacionarse como las voces de una armonía: una sinfonía universal que recuerda a la música de las esferas de la tradición pitagórica. Buscaremos ecos de esa «armonía divina» en nosotros y en nuestro entorno, entre las estrellas y bajo el microscopio, en la investigación y en los mitos, en la experiencia cotidiana y, por supuesto, en el arte.

Porque, si existe una armonía de las esferas, la Mente Universal debe de ser un Gran Artista.

— ● —

Espero que durante el viaje logremos escuchar algo de esa música extraordinaria del cosmos. Según una antigua explicación vinculada a la tradición pitagórica, no percibimos la música celeste porque su presencia es continua: nos falta el contraste del silencio. Podemos recibir esta idea como una invitación a educar la atención, sin confundirla con una teoría de la audición. Para explorar las

relaciones entre ritmo, sonido y universo, necesitaremos la escucha interior y también otros sentidos, tecnología, física y matemáticas.

Empecemos por lo más sencillo: disponernos a escuchar.

Afinarnos con nosotros mismos y con el universo.

A unos les resultará fácil; a otros, menos. En la imagen de esta orquesta aparece la cuestión del libre albedrío: podemos elegir si queremos sonar junto al conjunto o tocar únicamente a nuestro aire.

Antes de nada, intentemos distinguir el sonido de aquello que no lo es.

En la imagen de este viaje, todos los sonidos nacen del silencio.

Podemos formular una pregunta inspirada en el estilo de un koan: ¿a qué suena el silencio?

Cerremos, pues, los ojos... y escuchemos.

«SOUNDS OF SILENCE»

¿Has estado alguna vez en un silencio que parece absoluto, de esos que casi zumban en los oídos? De noche, en una oficina vacía, en una casa aislada, en un sótano o en una habitación apartada. ¿Qué percibimos al prestar atención a ese silencio? ¿Lo escuchamos solo con los oídos o también, de algún modo, con el cuerpo entero?

Ese silencio no parece del todo silencioso. Algo sigue sonando, temblando, vibrando. Algo en nuestro interior. ¿O somos nosotros mismos?

«Escúchate», dicen sabios, sacerdotes, terapeutas y artistas. ¿Es solo una metáfora gastada? ¿O poseemos algún «oído interior», un «sexto sentido» que nos permita percibirnos?